

Cuentos

La carta de las letras

Ramón Antonio Cortez Cabello

Sólo lo mejor

Ana Laura Díaz Mireles

Por el campeonato
del universo

Carlos Mellado Quintero

El mejor portero
del mundo

Martín Castelán Castro





INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejera presidenta: BEATRIZ CLAUDIA ZAVALA PÉREZ
Consejeros electorales: GUSTAVO ANZALDO HERNÁNDEZ
FERNANDO J. DÍAZ NARANJO
ÁNGEL R. DÍAZ ORTIZ
CARLA A. HUMPHREY JORDAN
YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ
NÉSTOR VARGAS SOLANO

Secretario ejecutivo: OLIVERIO JUÁREZ GONZÁLEZ

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietario: OBDULIO ÁVILA MAYO Suplente: JUAN DUEÑAS MORALES
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ Suplente: GUSTAVO GONZÁLEZ ORTEGA
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario: MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES Suplente: FELIPE PÉREZ ACEVEDO
PARTIDO DEL TRABAJO	Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ Suplente: ADALID MARTÍNEZ GÓMEZ
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	Propietaria: ZULY FERIA VALENCIA Suplente: MAURICIO GARCÍA PARKER
CONVERGENCIA	Propietario: ÓSCAR OCTAVIO MOGUEL BALLADO Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA
NUEVA ALIANZA	Propietario: ADOLFO ROMÁN MONTERO Suplente: SARA PÉREZ ROJAS
ALTERNATIVA SOCIALDEMÓCRATA	Propietario: JORGE CARLOS DÍAZ CUERVO Suplente: ANA KARINA SOLANO GÓMEZ

INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS CON REPRESENTACIÓN
EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietario: AGUSTÍN CARLOS CASTILLA MARROQUÍN Suplente: JORGE TRIANA TENA
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario: JORGE FEDERICO SCHIAFFINO ISUNZA Suplente: MARTÍN CARLOS OLAVARRIETA MALDONADO
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario: JUAN CARLOS BELTRÁN CORDERO Suplente: ISAÍAS VILLA GONZÁLEZ
NUEVA ALIANZA	Propietario: XIUH GUILLERMO TENORIO ANTIGA Suplente: GLORIA ISABEL CAÑIZO CUEVAS
COALICIÓN PARLAMENTARIA SOCIALDEMÓCRATA	Propietario: RAÚL ALEJANDRO CUAUHTÉMOC RAMÍREZ RODRÍGUEZ Suplente: LEONARDO ÁLVAREZ ROMO
COALICIÓN PARLAMENTARIA DE IZQUIERDAS	Propietario: JUAN RICARDO GARCÍA HERNÁNDEZ Suplente: ENRIQUE PÉREZ CORREA



8º CONCURSO
DE TESIS, ENSAYO Y CUENTO
2 0 0 8

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

PRESIDENTA

Consejera electoral YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

INTEGRANTES

Consejero electoral ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ

Consejero electoral NÉSTOR VARGAS SOLANO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

LAURA REBECA MARTÍNEZ MOYA, directora ejecutiva

Coordinación general: Cecilia Rivadeneyra Pasquel, directora de Difusión y Producción de Materiales

Diseño y formación: Susana Cabrera, jefa del Departamento de Diseño y Producción

Corrección de estilo: Nilda Iburguren, técnica especializada "A"

Ilustradora: Tania Dinorah Recio

Autores: Ramón Antonio Cortez Cabello, Ana Laura Díaz Mireles, Carlos Mellado Quintero y Martín Castelán Castro

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

1ra. edición, diciembre de 2008

ISBN: 978-607-758209-0

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

Cuentos

La carta de las letras

Ramón Antonio Cortez Cabello

Sólo lo mejor

Ana Laura Díaz Mireles

Por el campeonato
del universo

Carlos Mellado Quintero

El mejor portero
del mundo

Martín Castelán Castro



La carta
de las
letras.....9

Sólo
lo mejor.....29

Por
el campeonato del
universo.....59

El mejor
portero del
mundo.....89

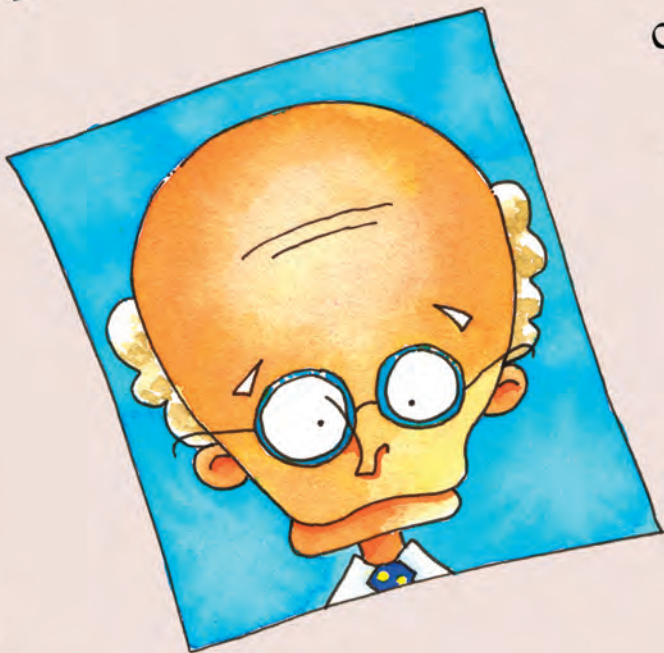
La carta de las letras

Ramón Antonio Cortez Cabello

EL INFORME

Cien (T)ífico inven (T) a una
máquina que cambiará al mundo

Dicha máquina solo
cupo para 26 letras



(M)iedo sintie
revolucionarios
desplazados po
dernidad e ide
que pretender
do. las prop
relacionada
period

Más obras, más ajustes
Desde hoy, las vías reversibles se ampliarán
para el cambio será de Javier Rojo Gó
→ Sentido norma
reversibles
ble de 17:00
ente a oriente
Interior

A large, bold, red capital letter 'H' is positioned on the left side of the page, serving as a visual element for the first paragraph.

ace poco un científico inventó una
máquina que, según él, cambiaría al
mundo. Sin embargo, su mecanismo

sólo tenía cupo para 26 letras. Para que funcionara
el aparato era necesario eliminar un símbolo.

Las letras lo supieron por el periódico, no en balde
con ellas se escriben las noticias. En realidad, TODO
se escribe con estos signos.

Cuando se enteraron, unas –T, por ejemplo– temblaron,
S sonrió con suficiencia y otras, como M, quedaron
mudas.

En Letrilandia, el lugar donde viven, se hizo una junta urgente. El propósito era decidir quién saldría del abecedario. Llegaron presurosas. Las había de todo tipo: mayúsculas y minúsculas, de molde, cursivas, redondas y alargadas. Cada una se presentó en varios tamaños y estilos. La asamblea parecía el cajón de un impresor o una enorme sopa de letras. Todas, hasta M, que había recuperado la voz, querían decir algo. Hablaban al mismo tiempo y la reunión se convirtió en un escándalo.

—¡Orden! ¡Orden! Exigió O, inflando aún más sus cachetes. P, vestida de policía, dio el uso de la palabra a D.

—Desconozco quién deba desvanecerse
—dijo D— pero diré cuáles deben perdurar: A, B, C y D. ¿Por qué?
Porque al conjunto de letras
se nos llama abecedario;
esto no podría ser si
faltara alguna de las
mencionadas.



Irritada, la I, con indignada voz, interrumpió la sesión. Al borde del infarto, gritó:

—Insisto, debe incluirse a las vocales en el grupo de indispensables; no lo digo por ser una de ellas, ¡qué esperanzas! Imaginen el idioma sin cualquiera de nosotras, sería imposible formar palabras.





—Aceptada la propuesta —dijo una J vestida de jueza.

—¡Uff! —suspiró una U que se columpiaba inquieta.

—Me toca manifestar mi moción —dijo M—. Cualquiera que salga del alfabeto morirá. Con ella, las palabras que forma también morirán. Lo mejor es que se marche la que forme menos vocablos, así el daño será menor.

—Suenas lógico —dijo L.

—Práctico y posible —precisó P.

—Contémonos —dijo C, con una calculadora en la mano.



Un castañeteo de dientes interrumpió la junta. Eran K, Ñ, X y W, que estaban temerosas.

—No sería justo que alguna fuera eliminada por formar menos palabras. Propongo que S, con su sabiduría, sugiera el método para decidirlo —dijo la J vestida de jueza.

Solemne, S expuso su plan:

—Estoy de acuerdo en que las vocales no deben salir. Propongo que ellas cinco decidan cuál letra saldrá. La decisión se tomará con base en la defensa que cada una haga de su caso. La compañera cuyos argumentos no convenzan al jurado será expulsada.

Las letras aceptaron el plan. Por sorteo se decidió el turno de cada una. B había pedido que los alegatos fueran por orden alfabético, pero ante las protestas de X, Y y Z, se hizo el sorteo.

Las letras basaron su defensa en la importancia de las palabras que formaban. Argumentaban que, si desaparecían, se perdería también alguna planta, animal, idioma o país. Era una decisión muy difícil. Las juezas sudaban nerviosas.

Al final se decretó que H saldría del abecedario.

Ésta, por ser muda, no pudo defenderse. Las reglas eran claras, el jurado no titubeó. Sin embargo, las vocales no estaban seguras de que el fallo fuera justo.

—No se culpen; confórmense, camaradas —intentó consolarlas C.

—Piensen que no existirán el hambre, los hechiceros y los haraganes —agregó P.

—Pero tampoco habrá hermosura, hadas, helados, hamacas y otras cosas sin las que no se entiende la vida —exclamó una F vestida con túnica griega.

Hubo gritos de protesta, la multitud era un torbellino de palabras.

—Ninguna letra es innecesaria —dijo L con lógica.

—Si se sacara siquiera la sexta parte de una de nosotras, sería desastroso —suspiró S.

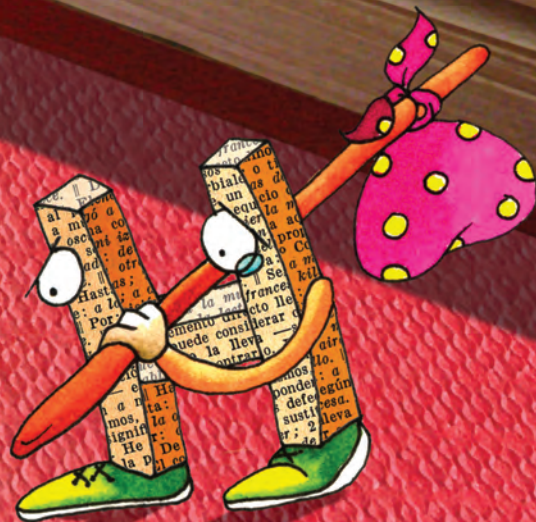
—Cierto, hasta ahora la humanidad ha podido vivir sin esa cosa —dijo C.

—¿Dónde quedaría el mundo si faltase alguna de nosotras? —preguntó D.

—Un invento incapaz de incluir a todas es imperfecto, innecesario —inteligente, I incluyó en su idea los intereses de todas.

LAS MIL Y UNA NOCHES

155



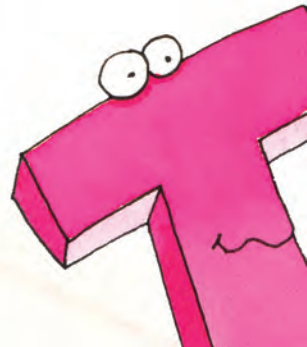
—¡No a la expulsión! ¡No a la expulsión! —se escuchó exclamar a coro.

—¿Estamos de acuerdo en que no debe desaparecer ninguna compañera? —preguntó D.

—¡Sí! —gritaron todas.

H, silenciosa, abrazaba a sus compañeras llorando de felicidad.

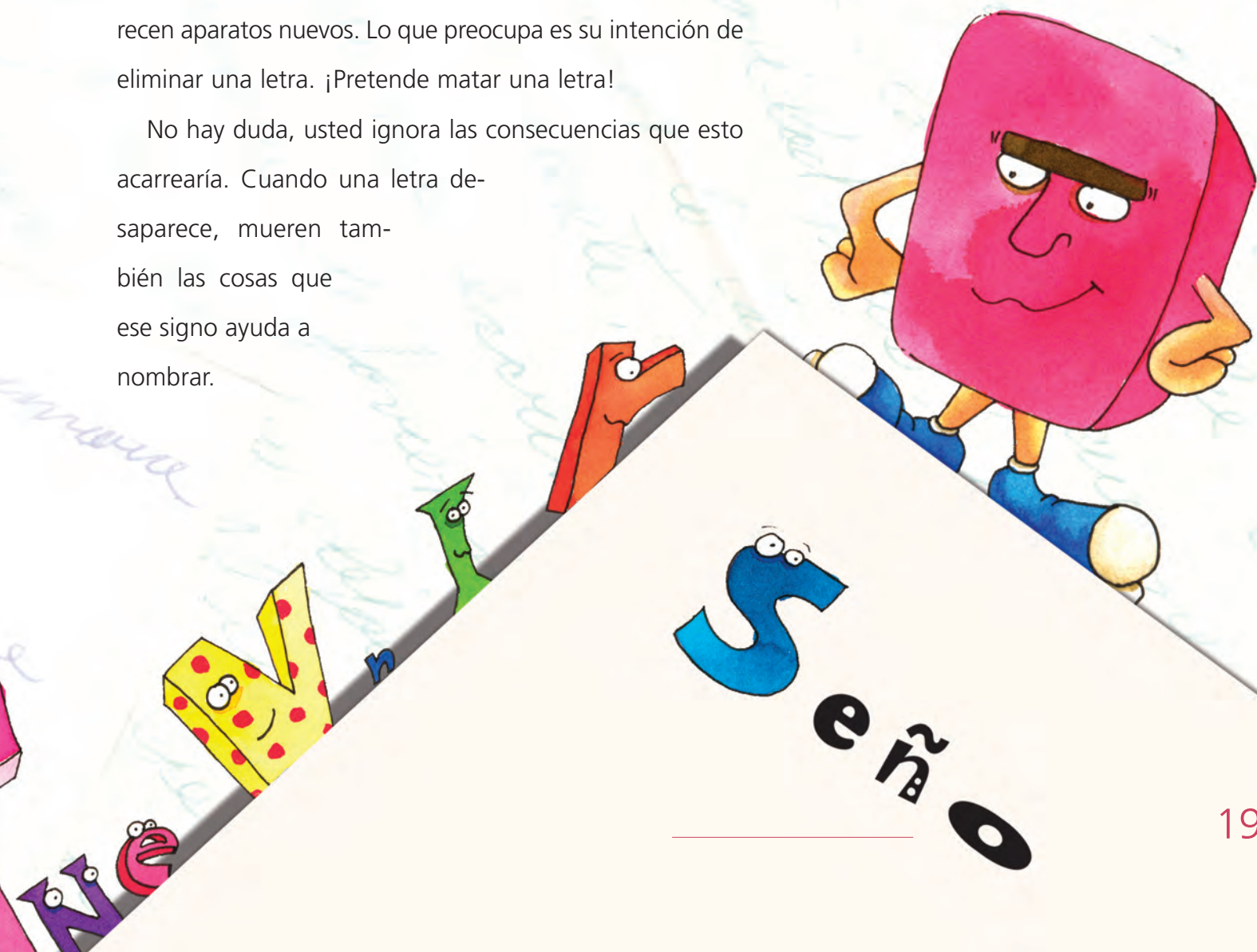
Antes de acabar la reunión, ya calmadas, decidieron enviar una carta al inventor. En una hoja en blanco se reunieron muchas voluntarias y formaron el mensaje. Este es el texto completo que leyó V, en su papel de vocera del alfabeto.



Señor Inventor:

Esta carta no es para saludarlo o desearle suerte, el motivo que nos obliga a escribirle es muy ingrato. Sabemos que inventó una máquina, lo cual no es malo, todos los días aparecen aparatos nuevos. Lo que preocupa es su intención de eliminar una letra. ¡Pretende matar una letra!

No hay duda, usted ignora las consecuencias que esto acarrearía. Cuando una letra desaparece, mueren también las cosas que ese signo ayuda a nombrar.



Es posible que no entienda a qué nos referimos. Disculpe si no es así, pero si alguien quiere destruir algo valioso, pensamos que, por muy inventor que sea, no es inteligente. De cualquier forma, le explicaremos con detalle.

¿Le gusta el helado? ¿Sí? Pues bien, si se eliminara, por ejemplo, la H, desaparecería, ya no podría saborearlo. Sería horrible, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Piensa que al desaparecer la letra M se esfumarían maldad y miseria? Se equivoca. Esas no desapa-



recen porque falte una letra; aunque mal escritas, seguirían existiendo. No necesitamos recordarle que las cosas son peores con faltas de ortografía.

¿Qué parte de su cuerpo preferiría que le cortaran? ¿Ninguna? El abecedario tampoco quiere que le arranquen uno de sus miembros. Estamos seguras de eso. Nada justifica la eliminación de una letra.

Le exigimos que dé marcha atrás a su proyecto, que atienda esta petición y no nos obligue a tomar medidas drásticas.



—¡Bravo! ¡Duro, duro, duro! –gritaban las letras cuando V terminó de leer.

—Disculpen, ¿cuáles son las medidas drásticas que tomaremos en caso necesario? –preguntó Z, que siempre era la última en entender las cosas.

Enviarle una carta de mil páginas –respondió R.

Y esta que acaban de leer, ¿cómo vamos a enviarla?

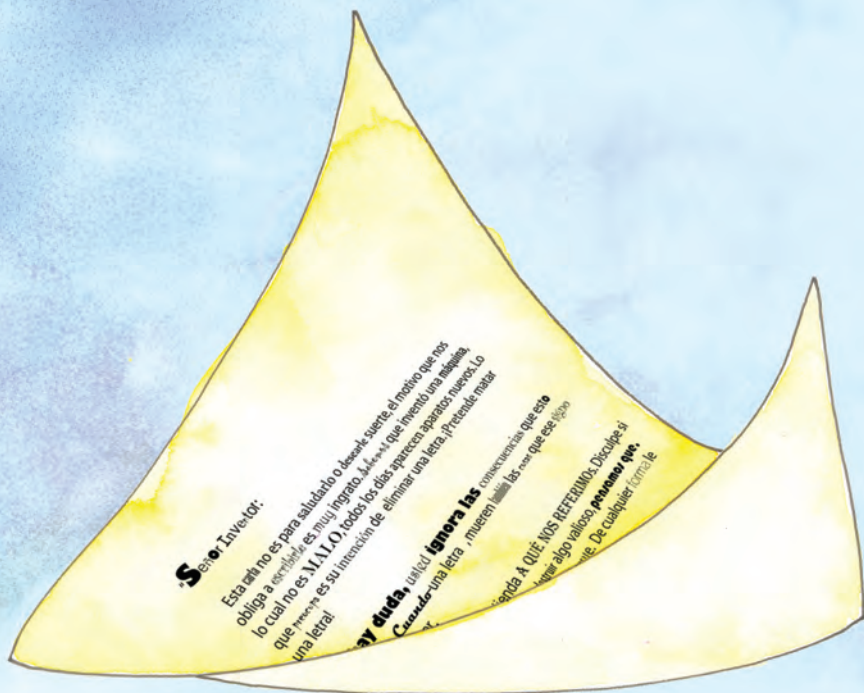
Por correo aéreo –contestaron algunas, que se desesperaron por las preguntas de Z.

¡Qué bien! ¿Quién la llevará al buzón?

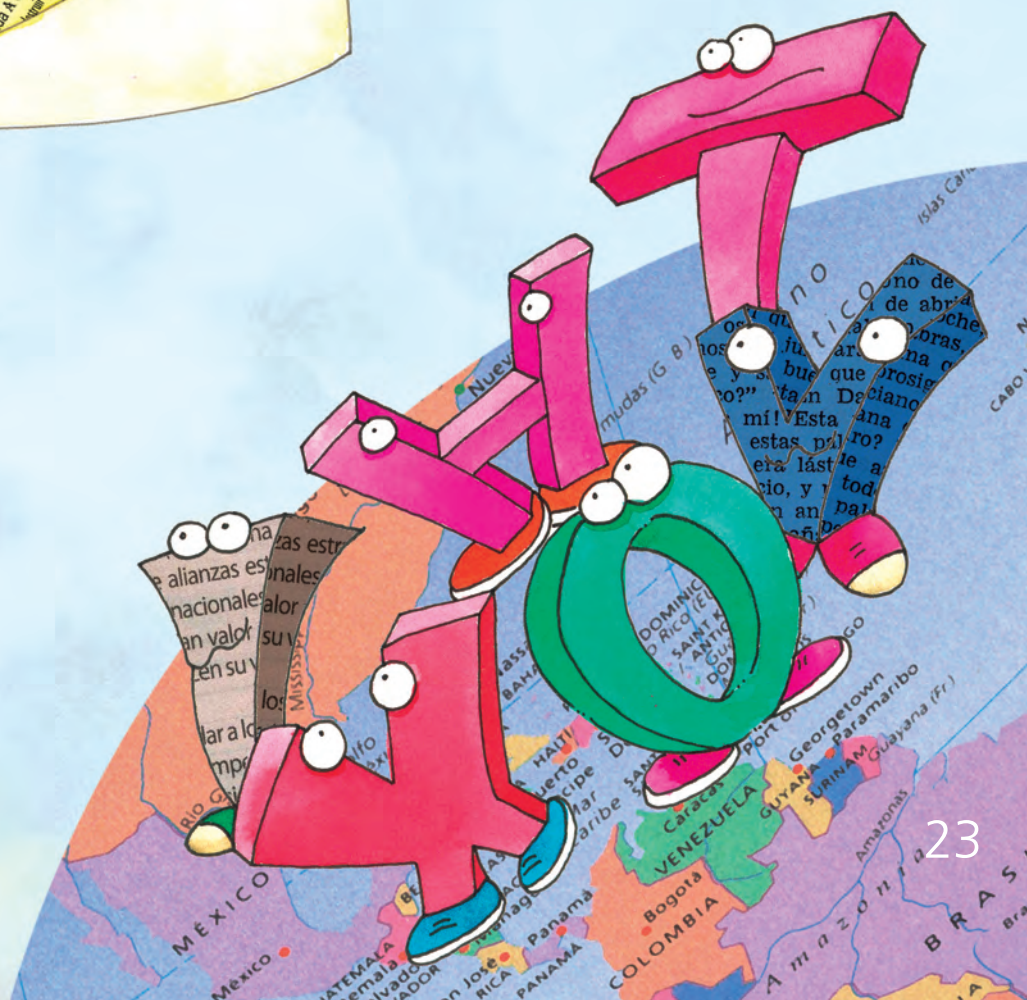
Todas se rieron de la preguntona. Siguieron risa y risa, hasta que empezó a soplar fuerte el viento. El aire arrastró el papel y lo elevó muy alto.

Amiga Z, ese es nuestro correo aéreo –dijo R, señalando el remolino que alejaba la carta.

La página voló hasta las nubes, ahí se deslizó en blandos



Ser Inveitor:
Esta idea no es para saluado o besea suerte, el motivo que nos
obliga a verla es muy ingrato, que invento una idea,
lo cual no es **MALO**, todos los dias aparecen aparatos nuevos, Lo
que me hace es su intencion de eliminar una letra, Prende, muer
y duda, unido **ignora las** consecuencias que esto
Cuando una letra mueren todas las que esa letra
ordda **A QUE NOS REFERIMOS**, Descúplese si
haga algo valioso **ponemos que**
que. De cualquier forma le





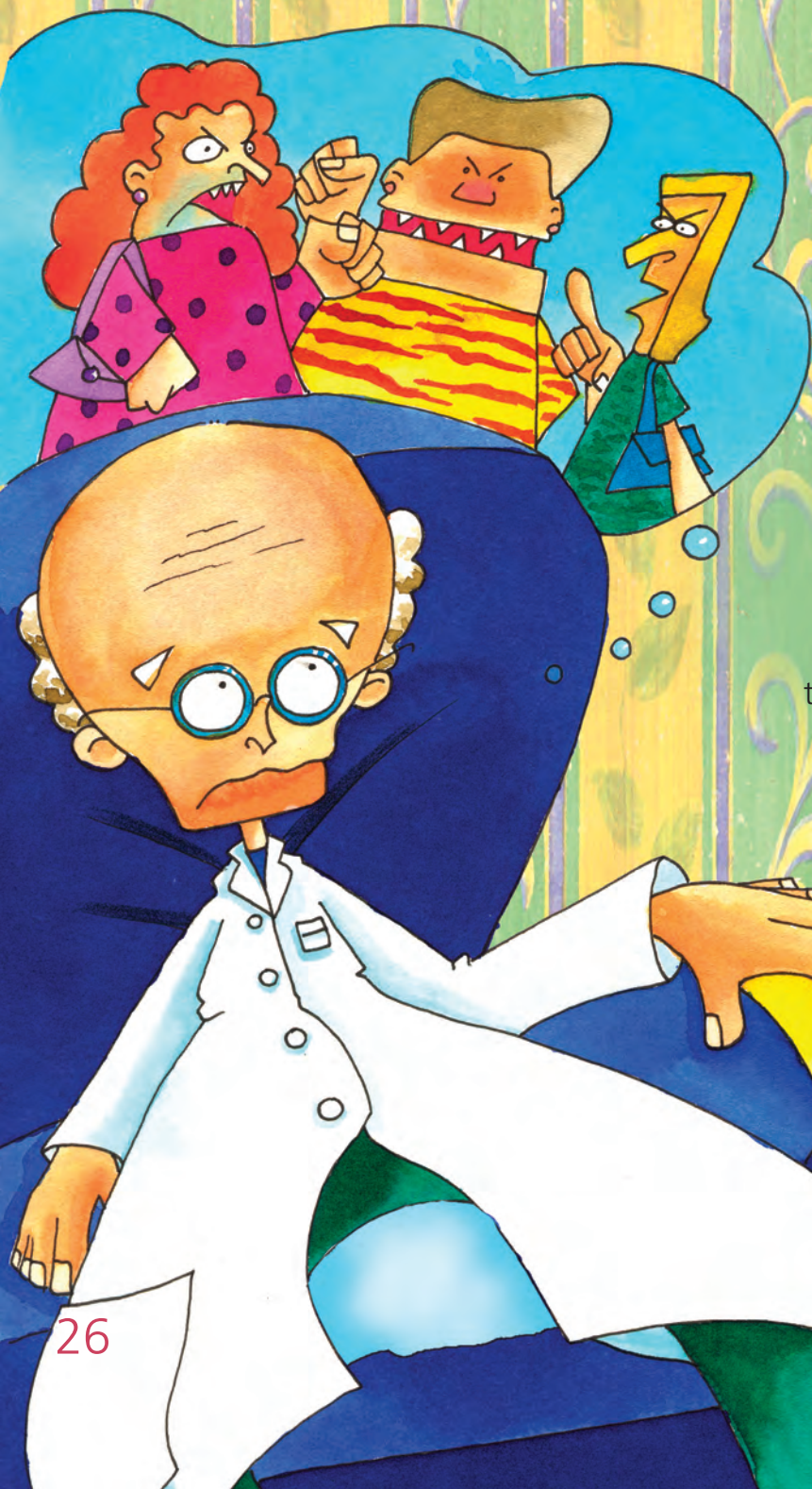
resbaladeros. Cruzó pueblos pequeños y caseríos dispersos. Después de mucho viajar apareció la enorme mancha de una ciudad importante. Debía serlo, pues había muchas chimeneas y el viento era sucio.

El papel empezó a bajar suavemente, como caen las hojas de los árboles. Cuando se acercaba a un barrio de la población tuvo que sortear cables de la luz y las ramas de unos álamos. Finalmente, entró en la casa del inventor por una ventana abierta. Ya dentro de la habitación, se posó en un escritorio.

Cuando el científico entró en su despacho, se sorprendió de ver el mensaje. "Y esto, ¿cómo llegó aquí?"

Se asombró más cuando vio el contenido de la carta. Las letras no tenían uniformidad, las había de muchos tipos y tamaños. MAYÚSCULAS, minúsculas, *cursivas*, *góticas*, *redondas* y *alargadas*, **grandes** y pequeñas. Todas mezcladas en torpe revoltijo, como si fuera obra de un impresor loco.





—Una broma, por supuesto —dijo son-
riente, mientras empezaba a leerla.

Conforme leía, el sudor empezaba a
correr por su cara. Al terminar, el in-
ventor secó su rostro y se dejó caer
en el sillón. La misiva tenía 27 firmas.

“Esta carta es muy descortés
—pensó—, debe de ser de alguien podero-
so. ¿Quién la envía? Sra. S., Sra. T., Sra. J.,
¡puras señoras!, y todos los nombres es-
tán abreviados. No hay duda, estas firmas

son de las esposas de los presidentes más poderosos de la tierra.”

—Ni loco les llevo la contraria. Es más fácil hacer una maquinaria que incluya todo el alfabeto, que enfrentarme a estas mujeres —dijo resignado.

Desde entonces, el inventor busca la forma de incluir todo el abecedario en su máquina. Aún no lo consigue. Sin embargo, nadie extraña la dichosa tecnología. Mientras tanto, las letras engordan el diccionario con palabras nuevas.



Sólo lo mejor

Ana Laura Díaz Mireles



1056 X 560

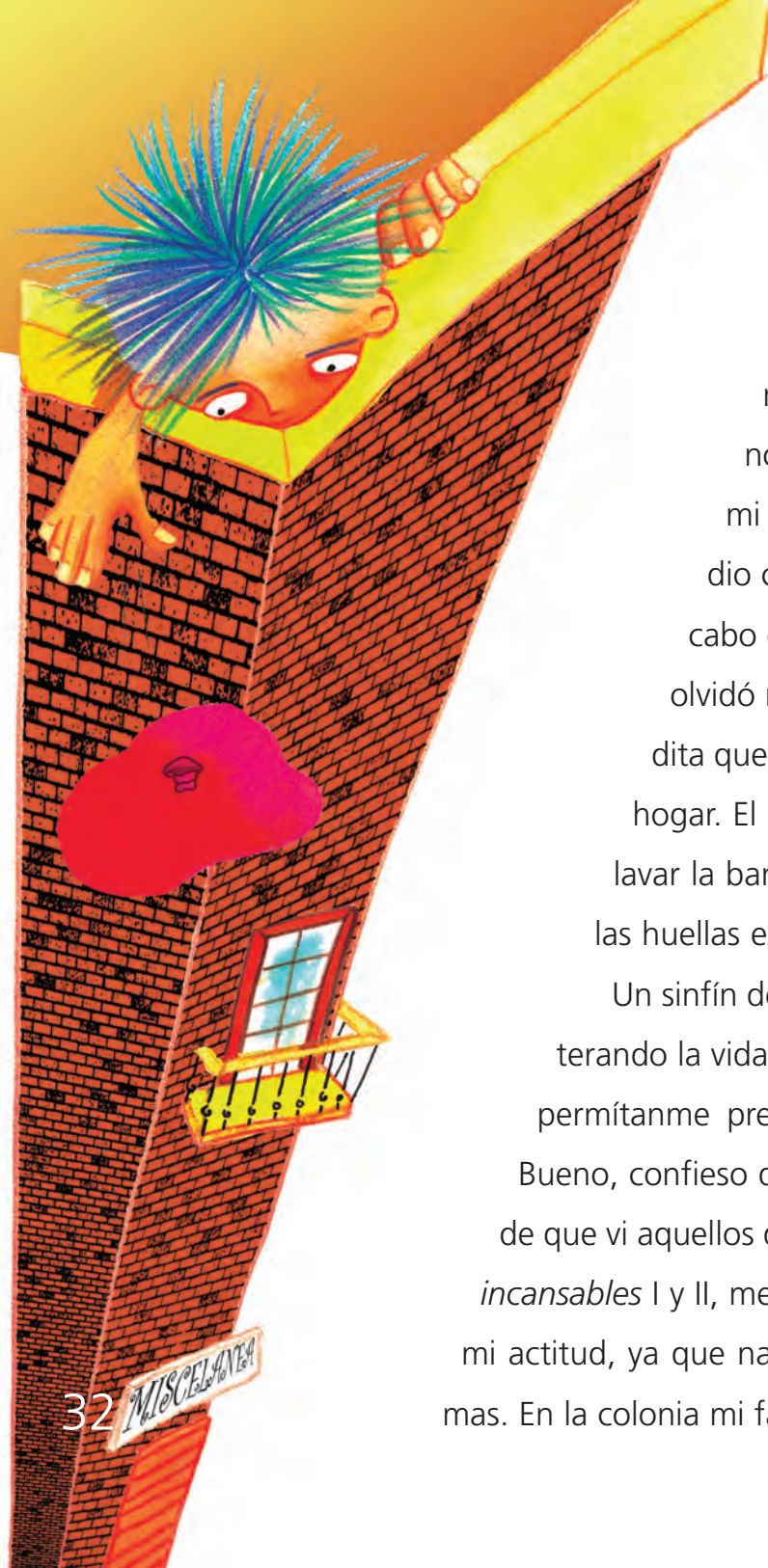
863

534

789

47
67
+ 89

Papá siempre estaba ocupado con su negocio y mamá sólo pensaba en lo grotesco que se veía el polvo sobre los muebles y en sus clases de música. Mi hermano Beto parecía estar hipnotizado por las mujeres y yo nunca tenía con quién jugar ni con quién hablar ni con quién divertirme. Me sentía tan pequeño que a veces las cucharas parecían palas y los tenedores trinchas.



Después de la escuela, me aburría y, aunque las tareas me distraían un poco, nunca fueron suficientes para llenar mis tardes. Fue entonces cuando comencé a tramar mis primeras travesuras: preparaba globos llenos de harina y los lanzaba desde la azotea de mi casa. Luego de algunos impactos, mi padre se dio cuenta de la minúscula guerra que se llevaba a cabo en la parte más alta de la casa. Y es que se me olvidó mencionar que el negocio familiar es una tienda que se encuentra ubicada en una parte de nuestro hogar. El castigo no fue tan lindo, pues tuve que salir a lavar la banqueta, la calle y algunas paredes, para borrar las huellas expansivas que dejó aquel polvo nutritivo.

Un sinfín de ocurrencias (mías, por supuesto) continuó alterando la vida cotidiana y tranquila de mi familia; por cierto, permítanme presentarme, mi nombre es Javi Custeau Polo. Bueno, confieso que en realidad es Javier Cota Pérez, pero desde que vi aquellos documentales titulados *Viajeros y exploradores incansables* I y II, me pareció mejor alterar un poco mi nombre... y mi actitud, ya que nada volvió a ser igual después de esos programas. En la colonia mi fama era bien conocida; a mis trece años había

recorrido todas las líneas del metro, y además andaba de arriba para abajo por las colonias aledañas a la mía. Mi vehículo era una destartalada y vieja bicicleta que me heredó mi padre; no era lo más moderno, pero me encantaba. Tenía características que no igualaban los nuevos modelos, por ejemplo, su esqueleto de metal rígido y sus llantas toscas. Una vez choqué con mi vecino, quien andaba en su bici nueva, y tuve que romper mi alcancía para reparar su enclenque velocípedo. Sin embargo, a pesar de todas mis aventuras, tenía un problema... mi soledad.

Tanta travesura sin ton ni son tuvo consecuencias graves un día. En un tianguis enorme que ponen los sábados y domingos cerca de la casa, adquirí una resotera. Poco a poco mi tino y mi puntería fueron comparados con los de los pistoleros más famosos del viejo oeste. Una de esas tardes en que practicaba, el ojo vigilante y sigiloso de mi madre me observaba sin que yo me percatara de su presencia. Como el tigre que acecha a su presa, esperó el momento oportuno, me habló en el instante en que tenía la lata de refresco en la mira y estaba a punto de disparar; apareció detrás de mí, y con voz traviesa pero seria me dijo:

“¡Queeeeé pasoooó!”



Fue mi susto tan grande que mis manos se levantaron y el proyectil que disparó se dirigió hacia la ventana de nuestra vecina Dolores, una viejecita con la cara más tierna que pudiera existir y el carácter más gruñón que no debiera existir. Ocurrió en cámara lenta, podía ver cómo la piedrecilla rotaba sobre su eje y se desplazaba empujando el aire, se abría paso para estrellar el vidrio de la recámara de mi vecina, mientras mi cara se contorsionaba y cambiaba en mil expresiones, a la vez que de mi boca salía un ¡noooooooo!...

Crash...

Mamá aceptó su participación en el accidente, y lo único que me pidió fue que me deshiciera de mi arma, pues ella sabía que nada bueno pasaría si la mantenía con-







migo. Y así fue, sólo que ahora me pregunto: ¿si mi mamá sabía lo que iba a pasar, por qué no me lo dijo claramente y me evitaba el trago amargo? Tal vez porque después del trago amargo ocurriría algo maravilloso y eso también lo sabía.

Un chico que vivía en la colonia se burló de mi bicicleta, así que se me hizo fácil apuntarle con mi resortera, y bueno, dispararle. El resultado de aquella agresión fue un descalabro, algunas puntadas y el regaño de mi vida. Mis papás solucionaron el problema, llevamos al herido al doctor, avisamos a su casa, y cuando llegó el papá del agredido creí que iba a golpear al mío. Venía enfurecido, hasta le saltaba una vena de su frente y sus ojos parecían de fuego, pero mis papás lograron imponer la cordura y la calma, usaron un arma infalible, un instrumento bello y esclarecedor, la medicina contra la violencia: el diálogo. Nunca había visto a mis papás dominar tan bien una situación. Así co-

mo Orfeo con su arpa tranquilizaba a los monstruos, el escuchar y el hablar a su debido tiempo, la cordialidad, la paciencia y la búsqueda de soluciones calmaron el enojo del señor, que había llegado iracundo momentos atrás.

Yo me sentía muy mal por lo que había hecho, el peor castigo que me podían poner –y que me pusieron– mis padres era el encierro. Me dolía en lo más profundo de mi alma aventurera estar enclaustrado en mi casa, pero, dentro de mí, sabía que el castigo era justo.

Un día, mientras miraba por la ventana, recordé lo que mis papás consiguieron con la palabra y decidí hablar con ellos, explicarles que la soledad me orilló, sin querer, a equivocarme. Los reuní en la sala, les preparé un café; me escucharon hasta que saqué todo lo que tenía, todas mis inquietudes y frustraciones. Nunca me sentí tan feliz, pude platicar serenamente con los seres que más quiero en el mundo. El resultado de esa charla fue el siguiente:



primero iba a comprar un obsequio para llevárselo al chico que lastimé, después platicaría con sus papás ofreciendo mis disculpas, y, por último, ayudaría a mi papá con la tienda luego de resolver mis tareas de la escuela, para ganar un poco de dinero y poder “comprarme algo”; sí, así me lo dijeron. Yo no entendí nada al principio, pero después... ¡guau!

Luego de dos meses, mi papá me pidió que lo acompañara a un “lugar”. Llegamos a una perrera, nos quedamos viendo el anuncio y dijo: “Aquí al lado hay una nevería, te invito un helado y platicamos”. Yo, por mi parte, me quedé pasmado, se trataba de una gran sorpresa y me encantaba la idea. Mi papá, al hablar, me remarcó todas las responsabilidades que tendría si aceptaba el perro. Después de meditarlo mientras terminaba mi helado, decidí que sí. En-





tramos en la perrera y, una vez ahí, lo último que me dijo mi padre fue: “Escoge el que más te guste, ése será tu nuevo amigo y compañero de juegos”.

Hasta entonces nunca me había visto en un aprieto tan grande, no estaba escogiendo dulces o juguetes me resultó muy complicado seleccionar uno. Había de todos los colores posibles: negros, blancos, cafés, grises, moteados, pintos; también se encontraban ahí de todos los tamaños: gigantescos, enormes, grandes, regulares, medianos, chicos, pequeños y enanos. De razas no hablo porque no domino ese tema; además, muchos de los presentes eran combinaciones.

Primero me llamó la atención un cachorro orejón, sin cola y al parecer tuerto, pero sus dueños venían en camino, les avisaron porque habían colocado sus datos en una medalla que pendía en el collar antipulgas que portaba inocentemente aquel perrito. Después mi interés se dirigió hacia un perro que posaba sentado sobre sus patas traseras, se veía imponente y serio. Me acerqué y dio un ladrido que casi me saca el corazón de su lugar, así que decidí dejarlo en paz.





No sé si fue mi imaginación, pero escuché que alguien me llamaba diciendo "Chist, chist". Cuando volteé para ver quién hacía ese ruido, no encontré más que a un "perro" de color extraño, casi anaranjado, pero esto no lo podía asegurar, ya que su pelaje se encontraba cubierto de aceite. Eso sí, era el can más extraño que había visto. Sus orejas parecían de murciélago, tenía un fleco que cubría sus

ojos diminutos y verdosos, lo que debía de ser su hocico estaba tan pegado a su cara que más bien parecía una boca humana, el cuerpo era idéntico al de un koala, la cola parecía una antena y no se veía cómodo en cuatro patas,



pues las dos delanteras eran más cortas que las traseras. Lo más intrigante de todo fue que, justo cuando me iba a voltear para seguir buscando a la mascota perfecta, podría jurar que me sonrió. Abrí los ojos sorprendido y después fruncí el ceño, con una de mis manos tomé mi barbilla pensativo, y aquel “perro” que me observaba fijamente comenzó a mover su cola de arriba abajo para expresar su alegría.

Algo tenía que ser, un poco de magia, una pizca de anormalidad y, sobre todo, aires de extranjero. Supuse que se trataba de esas razas exóticas que sólo se encuentran en otro continente y me agradó la idea de tener algo único –además de mi bicicleta– para poderlo presumir.

Todo el tiempo el encargado y mi papá me observaron de cerca. Finalmente, les dije señalando al desaliñado ser: “Quiero ése”. Mi padre observó incrédulo y sorprendido el espécimen. “¿Estás seguro?... –preguntó–; “¡Sí!”, contesté sin dudarlo. El cuidador de los perros intentó disuadirnos para que no adoptáramos “eso”, pero sus intentos resultaron inútiles. Terminamos llevándonos a “Pillo”, con todo y la adver-

tencia de que no había devoluciones y el comentario: “Es el perro más extraño que he visto en mi vida”.

Durante el trayecto a casa, más que caminar, parecía que daba pequeños brincos para avanzar. Miraba hacia todos lados con una curiosidad inmensa, como si todo fuera nuevo para él. Yo creí que se trataba de un perro superdotado, porque cuando llegamos a nuestro hogar, él sabía ya que su nombre era “Pillo”.

Al día siguiente, lo primero que hice fue bañarlo. Como era la primera vez que lo iba a hacer, y no sabía qué reacción podría tener, recurrí nuevamente al diálogo, pues algo me decía que “Pillo” entendía todo lo que le decía. Me escuchó atentamente y cuan-

do terminé, no sé si me traicionó mi cerebro, pero me pareció ver que encogía los hombros como diciendo: "Bueno". Después de su ducha se fue a acostar a un cojín que adapté como su cama, y al verlo dormir pensé: "Éste tiene de perro lo que yo tengo de tranquilo". También pensé en el día anterior y recordé que cuando lo observaba en la perrera, movía su cola de arriba hacia abajo, en lugar del movimiento normal que es de un lado al otro... y además, ¿cómo supo que ese cojín que acababa de acomodar hacía menos de tres horas era para él?

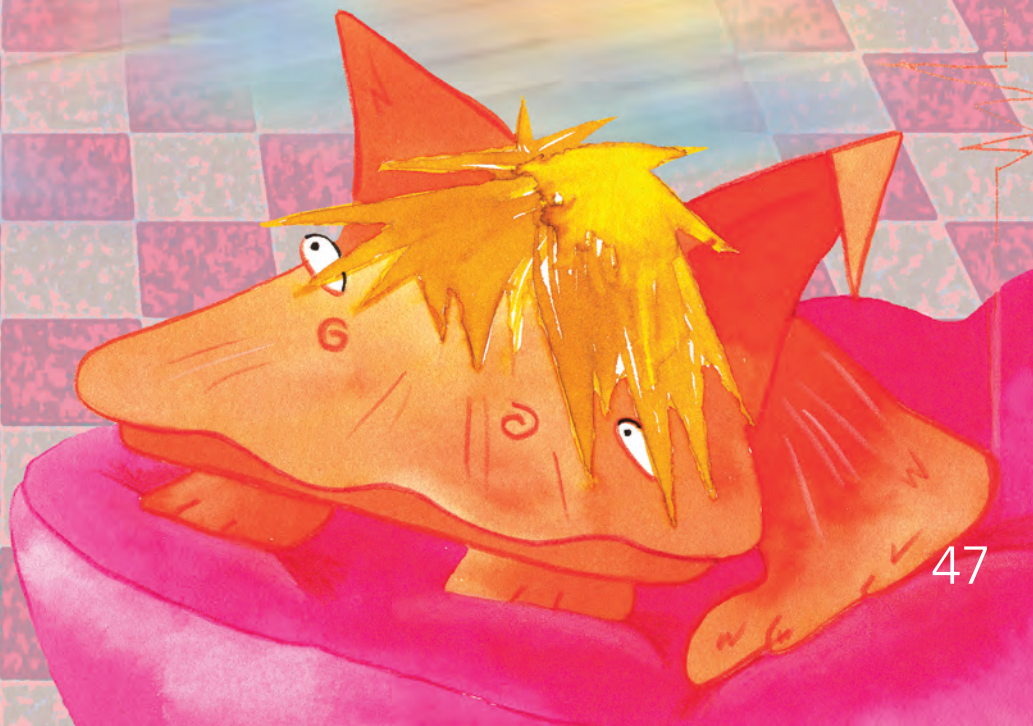
Se adaptó asombrosamente a la familia. Mis papás estaban felices porque, por increíble que parezca, des-

pués de vivir bajo el mismo techo más de una semana, no había ladrado ni siquiera una vez, ni un intento, nada. Era muy aseado y observaba mucho; por ejemplo, en las mañanas, la casa era un torbellino, todos nos apurábamos para dirigirnos a la escuela o a los trabajos y “Pillo” únicamente nos miraba.

Descubrí qué le molestaba. Yo no podía cambiar el canal del televisor cuando se hablaba de política, de propuestas, de debates o diálogos, porque enfurecía hasta el berrinche. No sé si vi bien, pero podría asegurar que un día que cambié el canal para molestarlo, él oprimió el botón del control remoto para sintonizar nuevamente el anterior.

Por lo menos tres veces a la semana ocurría algo ilógico; de verdad, “Pillo” no era un perro normal. Una mañana, antes de que saliera de casa y me dirigiera a la escuela, mi mamá me preguntó si le había enseñado a leer a mi perro. Intrigado, le respondí: “No, ¡cómo crees!... ¿Por qué?” La cara de mamá estaba pálida y ella parecía estar desorientada. “No... es que, bueno, creo que vi mal o no sé, pero hace rato que bajé para preparar tu refrigerio y el de tu hermano, “Pillo” veía la sección de política en el suelo, y al parecer, la leía”.

Tantos incidentes me parecían extraños, así que hablé con mi hermano que estudia ciencias políticas y sociales y le pedí algunos de sus libros aburridos. Fui al lugar donde se encontraba “Pillo”, me paré frente a él y comencé a leerle con voz firme: “La democracia es una forma de go-





bierno donde la ciudadanía o el pueblo tiene una participación estelar y primordial, ya que son ellos quienes finalmente toman las decisiones...”.

En cuanto empecé a leer sobre la forma de gobierno que existe en nuestro país, “Pillo” estuvo de lo más atento, no se movió, no se veía que respirara, no parpadeó, se quedó paralizado, y movía su cola de arriba para abajo como loquito. Hojeé y le conté unas dos páginas, me detuve y tomé otro libro de una repisa que se encontraba detrás de mí, se trataba de un texto sobre mecánica automotriz. La reacción de mi mascota fue perturbadora, meneaba su cabeza de un lado a otro como diciendo “¡No!”, y señalaba con su pata el libro que anteriormente había leído.

Qué raro, a este perro no le gustan los automóviles... ¿pero qué tal la política? Intenté con otro tipo de textos, desde gastronomía hasta decoración, de ebanistería a arquitectura; sin embargo, lo único que realmente le interesaba era todo lo relacionado con la política y con la democracia.

Los perros normalmente piden a sus dueños que los saquen a pasear o a jugar. Algunos ladran, otros

arañan la puerta de entrada de su casa, unos más chillan. La técnica de “Pillo” era seguirme a todos lados como mi sombra, era realmente desesperante, puesto que no emitía ni un sonido, parecía que me seguía un fantasma. Dejaba esa actitud cuando le leía por lo menos treinta minutos; resultaba verdaderamente agotador, pero poco a poco me fui acostumbrando.

Llegó un día en que comenzaron a interesarme los temas de esos libros, el origen de la democracia en la antigua Grecia, los procesos electorales, la toma de decisiones, la participación ciudadana y el respeto a la diversidad de ideas.

Me di cuenta de que muchas acciones de la democracia las llevamos a cabo en casa sin darnos cuenta; por ejemplo, si salimos un fin de semana al cine, ponemos a votación la película que veremos, y lógicamente gana la mayoría. Donde observé el respeto fue en la relación que mantienen mis padres: a pesar de que no piensan igual, toman en consideración el punto de vista del otro, y para poder solucionar las diferencias negocian y dialogan.

Una de las tantas veces que le leí a “Pillo”, por estar tan metido en mi lectura dejé de observarlo por un momento y dediqué toda mi atención al texto. Cuando volví en mí, percibí que mi mascota escondía un papel y aventaba un lápiz detrás del sofá... ¡“Pillo” sabía escribir! No sé desde cuándo tomaba apuntes de todo lo que le contaban, realizaba cuadros sinópticos y esquemas precisos con la información que le había proporcionado, o al menos eso pensé yo, ya que no escribía en español ni en ninguna otra lengua que yo conociera; es más, no eran más que garabatos para mí, figuras curiosas y serpenteantes que

se acomodaban en forma de espiral sobre la pequeña hoja que le arrebaté de sus diminutas patas.

Desde ese día, “Pillo” tuvo más cuidado cuando llevaba a cabo acciones irreales e imposibles, y yo buscaba la manera de cacharlo. Era un duelo de intelectos, él me retaba a descubrirlo en algún acto sorprendente y yo lo vigilaba como detective privado.

Una noche me encontraba ya acostado y en pijama, cuando un andar cauteloso me hizo pararme en la cama. Observé a “Pillo” escabullirse a la azotea, entonces lo seguí lentamente y en silencio. Lo miré desde la puerta que dejó emparejada, y no sé de dónde,



pero sacó un maletincito que al abrirlo se desplegaba en una antena parabólica. Nunca en mi vida había visto algo así, se colocó unos audífonos, tomó lo que parecía ser un micrófono y, por fin, después de todo ese tiempo lo escuché “ladrar”. Su voz era muy distinta a la de un perro, producía una especie de zumbido y de pujidos. Aunque no le entendía nada era obvio que estaba platicando, pero... ¿con quién?

Me retiré a mis aposentos para reflexionar sobre lo que había visto. No le podía contar a nadie porque pensarían que estaba loco, así que me dediqué a espiar y a seguir asistiendo a las pláticas de “Pillo”. Lo hacía una vez a la semana.

Una noche me adelanté, me escondí detrás de una montaña de cubetas que colocaba mamá cerca de una esquina, aguardé agazapado más o menos veinte minutos, pero valió la pena. Cuando llegó, echó un vistazo para asegurarse de su



soledad. Jamás sospechó que lo observaban y, como todas las noches anteriores, sacó su maletín, se puso sus audífonos y tomó su micrófono. Nuevamente transmitía, platicaba, a veces asentía y otras negaba, de repente hacía algún ademán con su pata y a veces guardaba silencio. Cuando “hablaba” muy entusiasmado, me decidí a sorprenderlo, me erguí y lentamente aparecí. La cara del pobre “Pillo” no pudo ser más divertida, se quedó mudo y abrió la boca como un bobo, no lo podía creer. Nos quedamos en silencio unos segundos. Lo que ocurrió después no me sorprendió tanto, lo había visto hacer tantas cosas, que ya me lo esperaba.

—Bueno, qué se le va a hacer, ya me descubriste, ahora, por favor, no me temas.

—¿Qué eres, “Pillo”, ¿por qué no me hablas? Tengo tantas dudas sobre ti que no sé por dónde comenzar.

—Qué te parece si simplemente te explico algunas cosas, y si al final tienes dudas, me preguntas.



—Te escucho.

—Me llamo Edné; no obstante, debo decirte que me gustó mucho el nombre que tú me pusiste, y como ya debes sospechar, no soy un perro, vengo de una galaxia vecina que ustedes llaman Andrómeda. Mi planeta se llama Leahcim y, aunque suene muy trillado, vengo en son de paz. Somos viajeros e investigadores incansables, desde que descubrimos este planeta quisimos conocer varios aspectos de su cultura y su sociedad, estamos elaborando una enciclopedia sobre civilizaciones y...

—¡Guau!, o sea que no somos los únicos seres inteligentes —interrumpí patidifuso.

—No, no somos los únicos, tenemos un registro de 527 civilizaciones, pero ése no es el punto. Queremos mostrar cómo han organizado exitosamente a sus naciones, y aquí, en la Tierra, hemos descubierto, gracias a tus lecturas, que la democracia, aunada al diálogo, es la mejor forma de gobierno, y sentimos que es algo digno de mostrar. Queremos elaborar un compendio que muestre sólo lo mejor de las civilizaciones.

jas para escuchar, el día que revivan el poder de las palabras.

—¿O sea que eres una especie de espía intergaláctico?, ¿nos van a invadir?

—No.

—¿Me vas a secuestrar y me van a hacer experimentos?

—No.

—Esto es increíble, hay que decirles a mis papás...

—¡No!, imagínate lo que sucedería, me entregarían al ejército y los experimentos a los que tanto miedo les tienes me los harían a mí..., ¿no puede quedar entre nosotros?, es decir, que sea nuestro secreto. Además, todavía no termino mi misión, me falta investigar sobre el amor, la economía, sus religiones y muchas cosas más. Debo permanecer encubierto quince años terrestres, luego vendrán por mí y regresaré a mi hogar. Te propongo algo, ayúdame con mi investigación y te platicaré todo lo que sé sobre otros pueblos y galaxias, ¿qué opinas?

—Esto no puede ser real, mi mascota es un extraterrestre que solicita mi ayuda.

—También te agradecería que ya no me llames “mascota”, a menos que sea necesario. Puedes seguir llamándome “Pillo”.

—¡Asombroso! Te ayudaré, pero tienes que contármelo todo. ¡Impresionante, 517 civilizaciones!

—Quinientas veintisiete. Sabes, los mejores oídos que hemos encontrado pertenecen a los Drumbar.

—¿Los Drumbar?, quiero saberlo todo sobre ellos... oye, ¿y de ustedes qué es lo mejor?

—La paciencia Javi, la paciencia...

—Oye, y...

Así se quedaron cerca de tres horas, platicando, conociéndose, y sí, de los leahcimnianos, lo mejor era su paciencia. Tomados de la mano entraron en la casa.

Al amanecer, la mamá de Javier le gritó desde la azotea:

—Javi, ¿tú dejaste una antena parabólica aquí arriba?

Los ojos de Edné y Javier se encontraron, una sonrisa de complicidad se desprendió de este último, quien le contestó a su mamá:

—Sí, ma', fui yo, ahorita subo a recogerla.

Subió corriendo las escaleras y Edné sacó su pequeña libreta. Apuntó en su idioma: "La sonrisa de los humanos también es de lo mejor".



Por el campeonato del universo

Carlos Mellado Quintero





6 :45 p.m. Oscurecía, mientras yo intentaba
desde la azotea de mi casa ajustar la
antena del televisor, ya que el fuerte

viento que se había soltado sólo unos minutos antes
provocaba interferencias y extrañas rayas diagonales
en la pantalla, que interrumpieron mi programa
predilecto sobre ciencia-ficción.

Acababa de terminar mi tarea escolar del primer año de Secundaria, curso al que recién había ingresado, abandonando la que ahora me parecía cándida y de escasa importancia escuela primaria, sintiendo que al ingresar a la Secundaria número 325 “Batallón de San Blas” ascendía en categoría y ya podría alejarme del diminutivo “Dieguito” con el que hasta hoy me identificaban, para adquirir el sonoro y varonil Diego, que, según me habían confesado mis padres, acordaron ponerme como medida de emergencia, terminando así con una larga indecisión que se extendió hasta el último momento, cuando el oficial del Registro Civil los amenazó con dejar en blanco el renglón de mi Acta de Nacimiento donde debía anotar mi nombre. Estuve a punto de llamarme “s/n”, es decir, sin nombre.

Solo, en la casa familiar, pues mis padres y mi hermana habían salido a una visita, apresurándome por reorientar los tubos de aluminio que componían el artefacto que hacía posible que la transmisión se pudiera ver en mi receptor –lo que particularmente siempre me había provocado curiosidad, por la forma tan fácil y simple en que se lograba captar una imagen que se estaba produciendo a cientos de kilómetros–, me encontraba manipulando los cables y alambres que fijaban





la antena, buscando desenmarañarlos cuando, ahora lo puedo precisar, un grueso cable negro apareció entre el manojo que trataba de separar, el que al tocarlo provocó un estruendo formidable y una intensa luz azul con listones amarillos y naranja que me hicieron ver que el tono gris de la tarde se cambiaba repentinamente en claridad de día.

No puedo decir qué más sucedió en los siguientes minutos, hasta que siendo ya de noche desperté al sentir la humedad de la lluvia que caía sobre mi cara. Al levantarme, me di cuenta que no tenía ninguna herida, ni daño en mi ropa, sólo el pelo lo sentía cada vez más húmedo. Lo que me sorprendió como para dar un pequeño brinco nervioso fue que tropecé con otro cuerpo, el de un muchacho de mi misma edad que se encontraba tendido a mi lado, inconsciente, vestido con ropas al parecer del uniforme de alguna escuela. Sin alcanzar a entender aún la situación, procedí a moverlo y revisar si estaba herido, confirmando que tampoco tenía nada que lamentar. Poco tardó en reaccionar, también él no sólo sorprendido sino asustado por ese extraño encuentro.

Calmándonos ambos, aliviados por el frescor del agua que nos empapaba, comenzamos a esclarecer las cosas, lo que no fue fácil, pues

la realidad vino a ser tan sorprendente e increíble, que procedo a narrarla en este escrito, esperando que alguna vez sea conocida públicamente y forme parte de la herencia que dejo a mis hijos, si es que llego a casarme y si algún día llego a tenerlos.

Resulta que mi acompañante se llamaba Evan (no confundir con Iván), y como yo fue víctima de un accidente al maniobrar cables de alta tensión, hecho que sucedió también en la azotea de su casa, con la pequeña circunstancia de que ésta se encuentra a 13 500 millones de años-luz. Supongo ya saben que un año-luz es la distancia que recorre un rayo luminoso durante un año a la velocidad de 299 800 kilómetros por segundo. Su hogar se ubica en un pequeño planeta llamado Androgeo, enclavado en otra pequeña constelación denominada Helios, nombre que me dio a conocer Evan, de acuerdo con su cultura, que poco más tarde descubriríamos que era muy semejante a la del planeta Astrea, como él lo conocía, y que todos nosotros, hasta los perros, conocemos como el planeta Tierra, perteneciente a la constelación que ellos llaman Rea, por lo que en ocasiones, entre amigos, iró-

nicamente me autonombro astriano, en lugar de terrícola, lo que los deja confundidos y boquiabiertos.

Antes de otra cosa, debo precisar que mi televisor no ha vuelto a sufrir interferencias ni mostrar rayas ni verticales ni horizontales y que Evan, mi amigo, jamás fue detectado ni conocido por nadie más, incluidos los miembros de mi familia, quienes en ocasiones, por indicios incontrolables de mi rara conducta, me veían con ojos interrogantes, sospechando un gran secreto, es decir, nadie más que yo veía o se comunicaba con Evan. Cuando me reunía con mis amigos o estaba en clases, él permanecía a mi lado, siempre observando sin chistar, hasta el momento en que, solos en mi habitación, comentábamos los sucesos del día y le resolvía sus dudas e interrogantes. Asimismo, por ese mi irrefrenable instinto de conocer todo, de participar en todo suceso, y de investigar todo, también le preguntaba mil cosas, algunas muy torpes, algo así como si a los androgeístas les llegaban a doler las muelas; o por qué su alimentación se basaba en succionar de las frutas su sabor y sus propiedades nutritivas, con sólo concentrar su visión sobre ellas.



Mi familia no se explicaba entonces por qué de un tiempo a la fecha les parecían insípidos los alimentos, y otras rarezas más.

Al interrogarlo sobre la vida social de los androgeístas en su planeta, alcancé a percibir cierto desencanto y pesadumbre, y me refirió una forma de vida similar a la nuestra, aunque con ciertos signos inquietantes, es decir, su civilización se convertía cada vez más en una sociedad violenta, donde las leyes no se respetaban generalmente, los grupos de jóvenes cada vez eran más rebeldes ante sus padres y las autoridades, y éstas no se distinguían por ser responsables de sus obligaciones. Los adultos vivían dedicados principalmente a ganar dinero y divertirse, y los gobernantes a comandar a los grupos de sus partidos políticos para lograr poder y riquezas, sin considerar a la población de los humildes y los trabajadores, que por más que se afanaban nunca lograban salir de su pobre condición. Había creciente inconformidad y disputas entre el pueblo, unos pugnando por conseguir un puesto en el gobierno, otros por hacer negocios con el régimen, sabiendo que mediante alguna dádiva al funcionario corrupto podían vender a precio elevado y cobrar grandes fortunas; otros más, con ideología dictatorial, luchaban para establecer su sistema que según decían iba a mejorar las cosas, pero siempre bajo su estricta y rigurosa disciplina, donde nadie debía quejarse ni reclamar pues sólo cabía la posibilidad de

obedecer ya que era el único camino para salvar el planeta. Los alimentos escaseaban y eran tan caros que quedaban lejos de las posibilidades de las clases proletarias, mientras por su parte los acaparadores de víveres, generalmente ligados a los gobernantes, se enriquecían cínicamente explotando las necesidades del pueblo. Por otro lado, la clase media, integrada por los empleados, los obreros, los campesinos y los profesionistas independientes que deseaban mejorar su condición estableciendo pequeñas empresas que habrían de producir empleos y pago de impuestos para así tener mejores servicios, eran desplazados por los aristócratas que unidos al gobierno monopolizaban los negocios.

En el planeta Androgeo crecía el odio, la avaricia, la maldad, el vicio, la violencia, la ilegalidad, la mezquindad. Nadie hacía nada por los demás, no había solidaridad entre las gentes, unos a otros se veían como enemigos y desconfiaban entre sí. Eso tenía apesadumbrado a mi amigo Evan, según noté al escuchar sus relatos sobre su lejana patria. Yo trataba de reconfortarlo haciéndole ver que en ambos planetas las cosas eran semejantes, aunque no podía evitar caer en signos que demostraban la gravedad de su caso, pero que además me comenzaban a preocupar, ya que sentía que en éste mi planeta seguíamos los mismos pasos. No obstante, trataba yo de hacerle llevadera su





permanencia entre nosotros los astreanos, como él nos llamaba.

En alguna ocasión, con los compañeros de la escuela acordamos reunirnos para presenciar por televisión un partido de futbol, al cual invité a Evan, quien aseguraba jamás haber tenido conocimiento de ese juego, pues en su planeta no se practicaba nada con ese nombre, sólo había deportes acuáticos y algo que me pareció similar a la lucha libre. Fuimos, y como era habitual Evan permaneció a mi lado, invisible para los demás, observando pero ahora con inusitado interés, que demostró cuando ya en casa me preguntó sobre los detalles propios del deporte, los que le expliqué de manera gustosa ya que siempre he sido aficionado entusiasta del futbol. En otra ocasión en que pudimos ver un partido fui especialmente insistente en que estuviera presente mi hermana, de edad dos años mayor que yo, pues con el pretexto de comentarle el juego a ella lo estuve mostrando a Evan.

—Mira Marthita, el juego se practica entre dos grupos o equipos integrados cada uno por 11 elementos, de los cuales uno tiene el cargo de capitán,

que funciona como representante del grupo ante su comandante, o sea el director técnico, y ante el árbitro o juez central, quien vigila que el juego se lleve a cabo con apego a las normas establecidas desde hace mucho tiempo y que son respetadas en todo el país, comarca, pueblo o rincón del planeta, no importando quién lo practique, ya sean europeos, americanos, asiáticos, y no importando el lenguaje en que se expresen o el color de la raza. El director técnico es el experto en fútbol que dispone cuál será la estrategia general de equipo y las tácticas o labores propias de cada jugador bajo su mando; ordena cuál es la tarea principal de cada jugador, es decir, asignará al portero el deber de emplear su agilidad y valentía para evitar, como la última barrera, que caigan los goles que representarían la derrota. Los cuatro defensas son los encargados de proteger su portería de los arribos y embestidas atacantes de los contrarios, siendo el mismo director técnico quien los organiza, ya sea poniendo como primera protección a uno, y a los otros dos como segunda y en la última a otro; asimismo coloca a los dos medios volantes, uno como contención y otro como iniciador de los ataques contra la portería rival, y a los cuatro delanteros atacantes en forma de línea frontal al marco contrario, con dos extremos abiertos y situados a los bordes laterales de la cancha para conducir la pelota, cuando dispongan de ella, hasta cerca de la porte-



ría contraria y cederla en pase a los dos atacantes centrales, caracterizados por su rapidez y decisión para intentar perforar la meta contraria. Siendo el director técnico el coordinador de sus 11 jugadores y quien les asigna labores y la forma de realizarlas, no impide que cada uno tenga la libertad personal de desenvolverse según sus habilidades, ya sea por ser jugador rápido o gambetero, o buen dominador de la pelota, o cerebral aportador de pases a sus compañeros, o sacrificado trabajador en defender a su equipo y en comandarlo en los ataques a la meta contraria. Está permitida cualquiera iniciativa que les surja, siempre en beneficio de la causa común, auxiliando a sus compañeros o apoyándose en ellos para lograr el triunfo de sus colores, pugnando por anotar la mayor cantidad de goles en la meta contraria y luchando por evitarlos para su propia portería.

—Observa querida Martha —continué, refiriéndome ahora a las normas y su importancia en el fútbol—, que al enfrentarse dos equipos adversarios, los jugadores al entregarse ardorosamente a su causa habrán de chocar con sus cuerpos y tratarán de superar al

contrario mediante astucia, rapidez o maña, pero todos sus intentos deberán sujetarse a las reglas que indican cuáles son las acciones permitidas y cuáles son faltas a la legalidad, y para calificarlas participa el árbitro, el único autorizado para dictar sentencias inmutables, además de aprobar todas y cada una de las circunstancias y sucesos del juego. Él autoriza o sanciona el acondicionamiento del estadio, de la cancha de juego, de todo participante ya sea jugador o empleado, y el bienestar de los espectadores, a fin de que el encuentro se desarrolle con las condiciones requeridas de seguridad para los jugadores y para los aficionados, de justicia y equidad para cada equipo, para que nadie se queje de que se beneficia uno en detrimento del otro, y que todos los participantes gocen de sus derechos tanto a actuar como a revisar las decisiones y actos del árbitro, pues él también tiene la obligación de redactar un acta de los hechos y sucesos durante el encuentro, lo que se llama cédula arbitral y que con posterioridad al partido será analizada por el tribunal o comisión de arbitraje. Las normas o reglamentaciones deberán ser acatadas sin distingos

ni excepciones, pues de ello depende que subsista el deporte. ¿Qué sería de un club que no respetara la legalidad de la liga? Pronto sería desafiado y disuelto, pues pondría en peligro la unión y funcionalidad de la misma, esa democracia en que todos los equipos y jugadores se han puesto de acuerdo en sus leyes y han elegido a sus directivos, y donde cualquiera modificación de sus reglamentos o cualquiera revisión de los temas de la liga la harán de manera conjunta y ordenada; nadie podrá imponer sus condiciones ni podrá pedir privilegios, pues todos los equipos y jugadores son iguales en derechos y en obligaciones.

Durante la confrontación entre los dos equipos, que se lleva a cabo en dos partes de cuarenta y cinco minutos cada una, con un descanso intermedio de quince minutos—precisé— son inevitables los golpes y choques, algunos de los cuales podrán ser meramente accidentales pero otros tal vez intencionales, correspondiendo al juez central o árbitro juzgar la validez de las acciones, y sus decisiones deberán ser acatadas de inmediato por el infractor de la regla, ya que en caso contrario se hará merecedor de una primera llamada de atención verbal para que se controle y no incurra en faltas, pero si persiste en actitud rijosa verá que el árbitro le mostrará públicamente una tarjeta de color amarillo como amonestación por actitud incorrecta y antideportiva, y si persiste se le mostrará la tarjeta roja que indica su expulsión de la cancha por no haber corregido su actitud agresiva o ilegal. Para protestar esta decisión, si

así lo consideran necesario los del equipo afectado, únicamente su capitán tendrá la posibilidad de ser escuchado por el árbitro, pero bajo rigurosa formalidad y respeto.

Igual se operará con las acciones tan diversas que ocurren en los encuentros futbolísticos –dije, haciendo gala de mi conocimiento del tema–. Si el árbitro detecta una falta grave contra un atacante, dentro del área de meta contraria, o algún defensor se ayuda manejando la pelota con la mano en esa zona, castigará con la pena máxima, que será un tiro libre llamado *penalty* desde la distancia de 9.15 metros contra esa portería y enfrentando sólo al portero contrario. Normalmente esto se convierte en gol, y ocasionalmente el portero logra salvar su meta realizando la hazaña del día.

Como ves, Marthita –concluí–, aun tratándose de un deporte donde participa gran diversidad de individuos (contando a los miembros de uno y de otro equipo, a los espectadores que por miles acuden a observar el desarrollo del encuentro, a los cientos de personas que a manera de diversión juegan pronósticos tratando de adivinar el resultado final, a los exaltados que toman bandería en favor de los clubes y los idolatran, dando así salida a sus juveniles energías), pocas veces se rompe el equilibrio social y humano llegándose a causar males mayores; por lo regular después de un apasionado encuentro vuelve la calma en espera del próximo encuentro.



Admirada quedó mi hermana ante dichas explicaciones, ella que antes me consideraba un absurdo loco por tener tal apasionamiento por un deporte en que, según decía, 22 individuos correteaban tras una pelota pateándola sin ton ni son.

Sumido en profundas reflexiones quedó mi amigo mientras se esparcía el profundo silencio de la noche.

Así transcurrieron los siguientes días, hasta la llegada del sábado en que jugarían los Tigres contra los Rayados del Monterrey en la ciudad regiomontana, partido que yo esperaba con tal ansiedad y entusiasmo que no habría de perderme de verlo por televisión, tan así que saqué para lucirla mi camiseta dorada y azul con las grandes letras UANL. Evan también se interesó en ese encuentro, el cual vimos en la soledad de la sala, sin más testigos y sin presentir el suceso que estaba por llegar y que vendría a resolver en gran parte la trama de esa aventura.

Conforme se desarrollaba el partido mi compañero mostraba especial nerviosismo; según me confesó, no era sólo por el desarrollo del encuentro y sus jugadas e incidentes sino por el clima de emoción que junto con la imagen se transmitía a través del televisor. Transcurría con relativa normalidad el juego cuando después de una intervención del árbitro, Evan se levantó de su asiento intempestivamente y dijo eufórico:

—¡Sí, es verdad!

—Te refieres a la falta —alcancé a contestar.

—¡No, ya sé a qué vine a este planeta! —respondió exaltado—. He encontrado el camino para solucionar los grandes problemas que amenazan a mi planeta —continuó.

—Mira Diego —me dijo—, ahora comprendo lo que el fútbol enseña como sistema de vida y convivencia en sociedad. Ahora se me presenta claramente que para lograr una meta o algún objetivo para un grupo se requiere distribuir obligaciones para cada elemento de los miembros asociados; cada uno tendrá su particular función en beneficio de la colectividad, que es desarrollar la solidaridad humana, pero no por eso perderá su libertad e individualidad para funcionar, pues para cumplir sus deberes gozará de autonomía y libertad para hacerlo a su manera y desde su lugar: el maestro dando su mejor esfuerzo en educar a los jóvenes, el empleado cumpliendo con sus labores buscando la perfección, el burócrata aportando un esfuerzo extra por ser parte del gobierno, y todos los ciudadanos respetando voluntariamente las leyes, sabiendo que es lo que conviene a la supervivencia del grupo. Todos coordinados por el director técnico que

en este caso sería el presidente del gobierno; como capitán estaría el diputado representante, que hablaría en nombre de los habitantes, y el árbitro encargado de impartir justicia sería el juez, quien será respetado, aun cuando en algún momento alguien se sienta defraudado o incomprendido. Sus decisiones serán obedecidas por todos y quien permanezca rebelde o anti-deportivo será amonestado o expulsado del juego de la sociedad.

Tales fueron las enseñanzas que Evan encontró en mi deporte predilecto, enseñanzas que yo mismo no había detectado.

Pensándolo bien, si en la sociedad, en el país, en el planeta,



así como en mi colonia y en mi cuadra, procedemos de manera semejante a como lo hacemos al pertenecer a un equipo de futbol afiliado a una liga, veremos que a pesar de los roces, forcejeos, choques, disgustos, reclamaciones, todo tiene una buena solución, que se basa en practicar la democracia, la legalidad, la equidad, la justicia, la libertad, la solidaridad y la asociación hacia un objetivo común.

Con plena satisfacción, tanto Evan como yo encontrábamos cada vez más beneficios que el futbol nos ofrecía para nuestra vida. Analizando cualquier problema de la sociedad bajo el enfoque del futbol hallábamos la mejor respuesta.

A pesar de esta visión tan optimista, no dejábamos de preocuparnos por su regreso a Androgeo, su planeta-hogar, que le producía melancolía cuando alzaba sus ojos para observar el cielo por las noches. ¿Pero cuál sería la solución? No tardaríamos en conocerla. Ante el espectáculo de las graderías en los estadios, Evan afirmaba sentirse electrizado y eufórico, lleno de una energía que le producía la sensación de que algo importante estaba próximo.

Para el siguiente domingo, aquí en la capital de la República tendríamos el clásico Guadalajara-América, el encuentro más apasionante de cada temporada, y yo quise llevar a mi amigo a presenciarlo en el Estadio Azteca, para lo cual, ante la extrañeza de mi familia, anuncié que me iría solo al estadio. Les sorprendió que ni siquiera invitara a alguno de mis compañeros de escuela, no sabían que mi invitado especial era un ser extraterrestre que disfrutaría invisible a mi lado ese gran encuentro.

Rodeados por más de 100 mil aficionados, en una mañana luminosa, con un sol que se desperezaba apenas y nos inundaba con una agradable tibieza, inició el partido donde los 22 jugadores se entregaban en sus mejores esfuerzos. Las jugadas de gol se daban en una y otra portería alternativamente, mas el ansiado gol no se realizaba. A pesar de que las porras se desgañitaban con sus lemas y canciones de apoyo a sus equipos, no se presentaba el rey del espectáculo.

Evan me confesaba sentirse con mucho entusiasmo y vigor, muy optimista, y disfrutaba plenamente de la actuación de Chivas y Águilas.



Sería alrededor del minuto treinta y cinco del segundo tiempo cuando por fin cayó el gol, que para no hacer partidismo y que alguien se sienta menospreciado, no diré cuál equipo anotó. Lo que habré de narrar es que este gol provocó una gigantesca exclamación de todos los espectadores ahí presentes, que como ola acústica inundó el estadio haciendo retumbar el cemento de los asientos y el techo oval, y hasta el mismo Evan saltaba a mi lado festejando la anotación.

Tanta fue la energía emotiva que se hizo presente que, apresurándose en medio de la ensordecedora alegría, Evan me dijo al oído:

—Siento que estoy a punto de tener nuevamente un shock como el que me hizo llegar a tu planeta. Siento que la energía de este momento me mandará otra vez a casa, Diego. Me llevo la fórmula del fútbol astriano (terrícola) para aplicarla en mi mundo y finalmente salvarlo. Recuérdame amigo y no olvides que tenemos un partido pactado para el futuro, mi planeta contra el tuyo, por el campeonato del Universo.

Al instante desapareció, cuando aún no terminaban los festejos en las tribunas y en la cancha se colocaba

el balón en el manchón del círculo central para que al sonar el pitazo arbitral se reanudara el juego.

A mi alrededor, entre rostros jubilosos y expresiones de alegría encontraba caras compungidas y lágrimas en los ojos de algunos partidarios del equipo que había sido vulnerado en su meta, quienes sin embargo, aceptando deportivamente ese tanto en contra, con nuevas esperanzas en el triunfo final, se dieron con mayor pasión a vitorear a su equipo, confiados en el dicho futbolístico que dice que “el último minuto de juego también tiene sesenta segundos”.

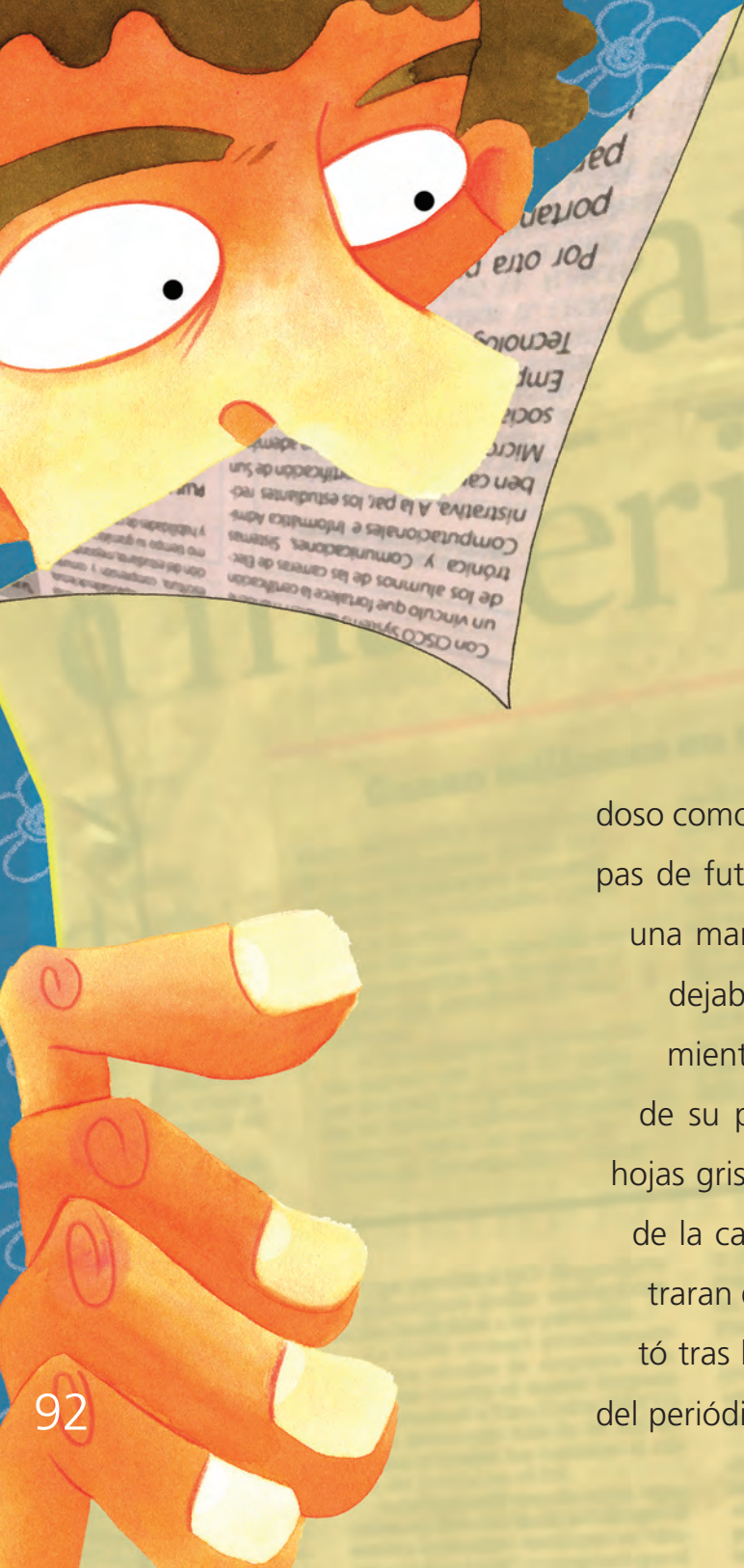


El mejor portero del mundo

Martín Castelán Castro



Esa noche, Nico tenía la mirada sumergida
en el fondo de la taza de chocolate
caliente, mientras con su cuchara hacía
movimientos circulares formando unas espirales
espumosas y otras de vapor que se escapaban
de la taza y desaparecían apenas cruzaban cerca de
su nariz.



—¡Tómate ese chocolate de una buena vez, de tantas vueltas que le has dado ya me siento mareada! —dijo su mamá con ese tono de voz como de sargento, que se hacía más notorio cuando el cansancio ya era evidente en su cuerpo, ese cuerpo que a su vez era el envase en forma de burbuja donde crecía día a día su futuro nuevo hermanito.

Nico levantó la mirada, tan lento y cuidadoso como cuando despegaba de algún cuaderno sus estampas de futbol, y sin parpadear miró a su mamá, que con una mano se sostenía esa enorme barriga que poco la dejaba moverse, y con la otra la frotaba con movimientos circulares y suaves; luego se volvió hacia donde su papá se encontraba oculto tras las gigantescas hojas grises del periódico. Tras asomar apenas una parte de la cara, el papá provocó que sus miradas se encontraran durante un par de segundos, y de nuevo se ocultó tras las miles e inmóviles letras de las hojas gigantes del periódico...

I

—Termina de merendar y ya ve a dormir, luego mañana tu mamá anda con los trabajos de siempre para levantarte —dijo el papá, con ese tono de voz vaporoso y casi vacío, que apenas llega a los oídos y se deshace como se deshace el humo del chocolate caliente.

Nico dio soplidos leves a su chocolate, y sin parpadear esperó a que la burbuja más grande de la espuma reventara; entonces dio un sorbo que le dibujó sobre sus labios unos gruesos y esponjosos bigotes cafés como los de su abuelo Genaro. Nico, con la cara de adulto chiquito, tomó una servilleta para limpiarse los bigotes, y de un jalón volvió a ser niño. Se levantó, lavó sus dientes y se fue a dormir.

Nico siempre se acostaba con una playera de futbol. Tenía tantas y de tantos equipos, que bien podría usar una diferente cada día durante un mes entero. Eso sí, por ningún motivo dejaba de



pasar una noche sin su balón. Hay niños y niñas que se duermen con sus ositos de peluche, o con su par de calcetines favoritos –aunque estén agujerados–, o con un trozo de una cobijita vieja que guarde el olor de los años. Pero Nico siempre dormía abrazado a su balón.

Ya acostado, pasó una hora y aún tenía los ojos bien abiertos. No dejaba de mirar cómo una rajita de luz que entraba por encima de la puerta le formaba una sombra alargada a la lámpara, que en el techo parecía un colguijo fantasma. Al mismo tiempo morisqueaba su labio inferior y toqueteaba el balón con la yema de sus dedos. Sentía muchos nervios porque a la mañana siguiente, en su salón, el maestro de educación física habría de seleccionar a diez niños para formar el equipo de fútbol de 3º A. No obstante que en el recreo y en la clase de deportes nadie lo escogía para jugar, Nico tenía la esperanza de que el profesor mencionara su nombre en la lista definitiva.

Él no era muy rápido, ni tampoco muy hábil cuando el balón rodaba cerca de sus pies. Tenía unos ojos



muy grandes, tan grandes que apenas dejaban espacio en su cara para la nariz y la boca.

Eso sí, sus ojos podían ver más que cualquier otro par de ojos, aunque casi no hablaba porque sentía mucha pena y le daba un miedo que empezaba en las piernas, luego de ahí se iba a los brazos, luego a la panza, y por último se le hacía una pelota en la garganta que impedía el paso de la voz.

En una ocasión, la maestra Moni preguntó a sus alumnos:

—Niños, ¿cuál es el copretérito del verbo correr?

En todo el salón rondó el silencio. De entre las cabecitas de todos se alzó un brazo con el índice apuntando al techo. Era Cynthia, quien respondió mal a la pregunta. Entonces la maestra comenzó a recorrer lentamente con la mirada el salón de clases buscando una víctima. Detuvo la mirada delante de Dani y Debo. Ellas se quedaron más quietas y más frías que cuando juegan a los encantados en el patio de la escuela en invierno.

—A ver, tú, Nicolás, ¿cuál es el copretérito del verbo correr?

A Dani y a Debo les vino el aire de nuevo, pero a Nico se le fue. Dentro de su cabeza, él escuchaba una voz que le decía: “Corría. Di que es corría: ¡Corría!” Pero no pudo evitar que le comenzaran a temblar las comisuras de los labios y tuvo que aguantar una lágrima en el borde del ojo para que no se le escurriera delante de todos. Aunque sabía la respuesta correcta, no dijo una sola palabra.



correr

A teacher with short brown hair and glasses, wearing a green sweater and a patterned green dress, stands in a classroom. She is pointing her right index finger at a green chalkboard. The chalkboard has the word 'correr' written on it in white. The background is a yellow grid pattern. In the foreground, the heads of three children are visible: one with red hair, one with blue hair, and one with pink hair. The word 'corria' is written in black on the teacher's dress and on the background.

corria

corria

corria



—Muy bien. Como nadie estudió, todos sacan sus cuadernos y me hacen dos planas del verbo: ¡corría!

II

Ya estaba a punto de cumplirse la segunda hora de que Nico no podía pegar las pestañas, cuando de pronto sus párpados comenzaron a volverse pesados y los parpadeos se hicieron más lentos, y más... y más... Dio un bostezo abriendo tanto la boca, que pareció que le iba a dar una gran mordida a un pedazo de noche... y, ¡zas!, se durmió.

Ahora Nico ya se encontraba en el mundo de sus sueños. Era un bosque en donde los árboles, de tan grandes rozaban el cielo, y los pajaritos anidaban en sus ramas, que se escondían entre las nubes. Había flores tan altas como su primo Iván, y de tantos colores que ni siquiera sabía el nombre de algunos de ellos. Por el pasto, que era de un verde casi fluorescente, se podía ver a los bichos andando en interminables hileras, o marchando formados como ejército. No se escuchaban sonidos. El agua del río flotaba sobre su cauce, y a un costado Nico se encontraba de



pie sobre una roca translúcida a la que se le podía ver en su interior –como si fuese una pecera– decenas de peces pequeños y transparentes. Él estaba tan quieto como la roca misma, observando cómo no pasaba nada. Y fue entonces cuando vio venir el viento. Notó a lo lejos cómo se acercaba levantando humos de tierra y alborotando las copas de los árboles. Esa era la señal. Todos los animales comenzaron a salir de distintos lados. De los troncos, de debajo de las piedras y de sus guaridas. En el bosque sólo se escuchaba un intenso silbido. Fue entonces cuando Nico se bajó de la roca y empezó a correr y correr como nunca y como nadie. El viento soplaba y se movía veloz, y al pasar por donde se encontraban los animales, a algunos les desacomodó el peinado, a otros como al elefante le zangoloteó las orejas, y al avestruz le puso las plumas de punta. El viento siguió tras Nico, que de vez en vez se volvía a ver cuánto más faltaba para que lo alcanzara. También vio las decenas de ojos de los animales



que, azorados, eran testigos. Nico, al sentir en su espalda el primer aletazo del viento, sin dejar de correr pegó un gran brinco, y antes de que cayera, el viento lo tomó entre sus brazos invisibles y se lo llevó volando. Él cerró los ojos, abrió sus brazos como alas y dejó que el aire fresco le peinara los cabellos para atrás, y se fue como ave. Los animales lo despidieron contentos y cada uno hizo su sonido, menos la jirafa, por cuyo cuello largo, largo, no alcanzaba a salir el más mínimo sonido, así que sólo lo movió de lado a lado como diciendo adiós. Esperaron a que a lo lejos el niño se convirtiera en un diminuto punto y luego desapareciera por entre los azules del cielo.

Nico regresó de su sueño por el alborotado chirrido de su despertador y por la mano insistente de su mamá sobre su espalda...

—¡Ya levántate niño, ya se hizo tarde otra vez!
¡¡¡Nico!!!





III

Llegó la hora. El maestro caminaba de un lado a otro frente del grupo, con una hoja en la mano. Como era de esperar, los primeros nombres en escucharse fueron los de Tito, Toño y Teo. La sorpresa para el grupo fue oír el nombre de Daniela. El maestro vio la cara de asombro de todos y aclaró:



—Me imagino lo que se estarán preguntando...

¿Una niña en el equipo? Pues sí. Primero la escogí porque tiene los mismos derechos que todos los niños para representar al grupo, porque han de saber, niños, que los hombres y las mujeres somos iguales. Y segundo, por su velocidad y por la fuerza con que le pega al balón. Eso nos será de mucha ayuda. ¿Alguna inquietud?

—concluyó el maestro, con un gesto de seguridad en su rostro.

Siguieron en la lista Alejandro, Rodrigo, Oscar, Lalo y Leo. El maestro hizo una pausa y clavó su mirada en los ojos de Nico, que se quedó pasmado, y de los nervios, tuvo la sensación de que algo enorme le había crecido en la panza.

Quizá tan grande como el tamaño de la panza de su mamá.

—Niños... —habló el maestro, con un tono serio y preocupado—. Me he dado cuenta en todo este tiempo que a nadie le gusta jugar de portero. Todos quieren meter goles y nadie quiere defender la portería. Así

que en este momento, los nueve jugadores seleccionados y yo vamos a dialogar, y cada uno propondrá el nombre de un jugador para ocupar esa posición; luego, entre todos buscaremos llegar a un acuerdo y por mayoría se decidirá quién quedará en la portería. ¿Está claro?

Los del equipo formaron una bolita mientras los demás alumnos se quedaron sentados en el patio esperando y mirándose unos a otros. Las niñas se pusieron a jugar manitas calientes, y un poco apartado de sus compañeros, Nico se quedó mirando sin parpadear hacia el piso. Dando soplidos leves, les hacía perder el paso a las hormigas que marchaban en hilera; además, se secaba constantemente el sudor de sus manos, untándolo para arriba y para abajo, una y otra vez sobre su pantalón.

—Yo propongo a Isma —dijo Tito.

—Es el más alto y por arriba no va a pasar nada.

—¡Pero por abajo nunca va a llegar! —dijo Alejandro.

—Yo propongo a Beto...

Así se la pasaron. Uno decía un nombre y otro lo



contradecía. Por momentos, Tito, Toño y Teo, que eran los que mejor jugaban, alzaban la voz en muestra de desacuerdo y enfado, hasta que una voz dulce intervino. Era Daniela.

—¿Qué les parece Nico?

—¿¡Queeeeé!? –respondieron todos al mismo tiempo y con el mismo tono—. ¡Cómo crees! Nicolás nunca ha jugado con nosotros. Además es muy lento. Dijo Teo.

—¿Se acuerdan de aquella vez en que la maestra escribía unos ejercicios en el pizarrón y sobre su escritorio rodaron tres gises que cayeron uno tras otro, y Nico, que se sentaba en la segunda fila, se levantó y los atrapó uno a uno antes de que llegaran al piso? –preguntó Dani.

—Oigan, ¡es verdad! –habló Lalo.

—Una vez se cayó mi torta y antes de que tocara el suelo, Nico la atrapó. Con los pies será muy lento, pero con las manos es muy bueno –comentó sonriendo.

Entre ellos se fueron convenciendo de que Nico debía ocupar la posición de portero. Hasta Tito, Toño y Teo es-





tuvieron de acuerdo. Rompieron la bolita que formaron; habían tomado una decisión. El profesor retomó la palabra:

—Y bien, el jugador que va a ocupar la posición de portero es... Nicolás. ¡Nico!, pues.

Debido al asombro, los ojos de Nico se abrieron tanto que casi lo tiran de espaldas. No lo podía creer. Se quería reír a carcajadas y al mismo tiempo quería llorar a chorros. En ese momento, por primera vez en su vida, Nico supo un poco acerca de la felicidad. Se levantó, y como cuando le tiemblan las piernas para hablar, en ese momento le temblaban para caminar. Como pudo, se acercó a sus nuevos compañeros, y al sentirse parte del equipo de fútbol, sus labios se alargaron y se acomodaron para formarle unas esferitas coloradas en sus mejillas y mostrar una sonrisa que nunca nadie le había visto.

Pronto contagió a todo el grupo, y por ahí alguien empezó un aplauso que los demás siguieron, y de tan fuerte que sonaban las palmas, se escuchó como si estuviese cayendo uno de esos aguaceros que se sueltan en verano. Nico respiró muy hondo, y al soltar el aire dejó de sentir esa cosa enorme dentro de su barriga; entonces pensó en lo que sentiría su mamá cuando ya no tuviera esa panza y su hermanito estuviera afuera con ellos, llore que llore y come que come y duerme que duerme.

IV

Ya en su casa, un poco antes de comer, Nico fue hacia la cocina y se quedó bajo el quicio de la puerta, con su cabeza recargada de lado. Por unos segundos miró cómo su mamá con trabajos sostenía con una mano su gran cintura y con la otra, una cuchara larga de madera con la que dibujaba círculos en la olla de sopa, formando espirales de vapor más grandes que las que él siempre formaba en su taza de chocolate. Suspiró.

—Mamá... mamá. Cuando nazca mi hermanito, ¿me vas a seguir queriendo?

Su mamá lo miró, enternecida por la pregunta y la mirada profunda y amorosa de su hijo. Reconoció cuánto tiempo hacía que no escuchaba la voz temblorosa de Nico. Así que con sus manos frotó un trapo y se acercó a él para acariciar su mejilla, con el mismo amor con que acariciaba su panza, y luego se agachó tanto como su embarazo le permitió...



—Claro que sí, hijo, respondió la mamá, con la voz dulce y la mirada acuosa.

—Sólo que a veces por las prisas no nos damos cuenta que nos distraemos y nos alejamos un poco de ti. Pero voy a necesitar mucho de tu ayuda para que le enseñes al bebé todas esas cosas que tú ya sabes. ¿Y las travesuras? ¿Quién crees que le va a enseñar todas las travesuras? ¡Pues tú! Y a jugar fútbol, también. Tu papá ha tenido mucho trabajo y por eso no ha jugado contigo. Pero verás cómo pronto lo hará.

Se quedaron en silencio, entrelazados en un abrazo apretado. Nico no era muy alto, y llegaba justo a la mitad de la panza de su mamá. De pronto pegó un brinco, un brinco de susto.

—¿Qué pasó? —preguntó su mamá sonriendo.

—¿Qué fue?

—Es tu hermanito, que seguro te sintió cerquita y se emocionó.

Nico sonrió con la misma sonrisa con que horas antes lo había hecho en la escuela, y le dio un beso a su mamá, justo en el ombligo.

V

Llegó el día del primer partido y ahí estaba Nico bajo la portería, con unos guantes de portero nuevecitos que le había regalado su papá.

En los entrenamientos todos sus compañeros estaban asombrados por lo buen portero que resultó ser. Sus ojos, sus grandes ojos, le hacían saber un poquito antes por dónde llegaría el balón, así que él siempre estaría en el lugar preciso para no dejar pasar los disparos del otro equipo.

Esa mañana, en su casa, antes de salir a trabajar, su papá le había dado una sorpresa...

—¡Nico! ¡Nico!

Se levantó de la cama; tallándose los ojos, y salió de su recámara. Ahí su papá ya lo esperaba; lanzándole los guantes nuevos para que los atrapara, le dijo: "Nico, cuando juegues, juega a ser el mejor portero del mundo".

Su papá le sonrió como nunca lo había hecho, y se fue a trabajar.

El partido ya estaba a punto de comenzar, cuando Nico vio venir de nuevo el viento. Se acercaba agitan-

do las copas de los árboles, levantando humos de polvo y silbando bajito. Se acordó de su sueño y cerró los ojos, abrió sus brazos como alas y esperó a que el viento le peinara los cabellos para atrás. Al sentir que se había ido, abrió de nuevo los ojos y, después de suspirar, hizo una sonrisa de medio lado. Justo entonces, el árbitro sonó su silbato para iniciar el partido.



La carta de las letras, Sólo lo mejor, Por el campeonato del universo, El mejor portero del mundo, terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, México, D.F., en diciembre de 2008. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibarguren, técnica especializada “A”. El tiraje fue de 6 mil ejemplares impresos en papel cuché de 100 gramos y forros en cartulina cuché mate de 200 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Goudy y Frutiger.